

CAÍDA Y EXILIO COMO MOTIVOS EN *EL SUEÑO DEL ÁNGEL*

Jorge Ramírez Caro*
Universidad Nacional

En *El sueño del ángel*, de Gloria Elena Espinoza, al mismo tiempo que un ángel es exiliado del cielo y tiene pesadillas, José vuelve desde Miami a Nicaragua después de veinte años de exilio, a propósito de la Revolución Sandinista en la que ha participado Augusta, otro personaje que se ha mantenido *inxiliado* en su propia tierra. A estos dos personajes los asalta el pasado de modo diferente: a José por medio de extrañas *voces* que dice oír y que le revelan situaciones familiares presentes y futuras, y a Augusta por medio de *visiones* y asaltos de las sombras del pasado que vuelven. Ambas experiencias se enlazan con una cadena de sucesos naturales e históricos que tienen en común la destrucción y la muerte: terremotos, huracanes, inundaciones, dictadura y revolución sandinista. A José y Augusta se le suma Don Fito que viene a completar el cuadro de las consecuencias de los mencionados sucesos, leídos unos como la expresión de la proximidad del fin del mundo (visión apocalíptica de la realidad) y otros como la expresión de la utopía humana de la justicia social (ideal traicionado por los líderes revolucionarios que llegaron al poder, con el saldo del martirio de muchos, el hambre, la miseria para el pueblo y el exilio para los detractores). Don Fito acompaña la visión apocalíptica de José y Victoria el ostracismo de Augusta.

Sobresale el paralelismo entre la historia del ángel y la de los exiliados: tanto el ser angélico como los humanos son arrancados de su lugar de origen. Eso da pie para que el exilio adquiera un doble sentido: uno remite al desarraigo físico y otro al psicológico. El primero se refiere a ser arrancado de su propia tierra y el segundo a *inxiliarse* en el propio territorio o en el propio mundo interior, como leemos en el preámbulo de la novela: “el exilio te arrebató del

* Docente en la Universidad Nacional y en la Universidad de Costa Rica. Autor de obras como: *La máquina de los recuerdos* (1993), *Los rituales del poder* (1997), *Sombras de antes* (1998), *Guía de razonamiento verbal* (2000), *Las cenizas del sentido* (2001), *Los juegos del duende* (2003), *Deudas de olvido* (2005), *Jinete de sombras* (2005) y artículos en revistas nacionales y extranjeras

nido, de tu tierra o te confina hacia arduos laberintos del alma”¹. Quienes vuelven del extranjero (José y Victoria) se vienen por el hilo de los recuerdos sugerido por la poesía y la música, y quienes vuelven en sí lo hacen también por medio de ráfagas de imágenes dolorosas que no quisieran desenterrar de la memoria. José y Victoria vienen a encontrarse con el mundo que dejaron; Augusta quisiera deshacerse del mundo que la posee, la angustia, la ahoga y la martiriza: su vinculación con el sandinismo, sus aventuras amorosas y la muerte de muchos seres queridos. Al final todos se curan de sus males, la angustia se convierte en calma y la tristeza en alegría: José vuelve sano y alegre a Miami, el ángel volverá a la tierra, no en calidad de exiliado, sino como ángel de la guarda de un niño que nacerá en Miami; Victoria y Augusta se cuentan sus pasados amorosos y políticos y sus “almas hasta ahora prisioneras de sí mismas, volaron como palomas” (p. 131).

Para abordar los motivos de la caída y el exilio centraré mi atención en dos aspectos básicos: los paratextos, editorial y autorial: portada, títulos y epígrafes; y el carácter milenarista de una novela circunscrita al cronotopo apocalíptico. Nuestro acercamiento es provisional y pretende abrir muchas puertas a futuros lectores.

a) *Los paratextos*²

Los paratextos editoriales de esta novela los limitaremos a las imágenes presentes en la tapa y en la contratapa. En ambas partes las imágenes revelan dos movimientos básicos: uno de caída-exilio y otro de ascenso-retorno, respectivamente. La *tapa* representa el momento de la caída del ángel a un lugar inhóspito. Esto no remite sólo a la oposición cielo-arriba / tierra-abajo, sino también, como veremos después, al binomio Miami-allá / Nicaragua-acá. El ángel está de espalda a nosotros, observa hacia un cielo roto que deja ver a una serpiente escondida tras un planeta. Esta imagen evoca elementos intertextuales e interdiscursivos sobre la batalla en los cielos de las huestes angélicas y la expulsión del ángel malo, arrojado a la tierra. Pero la imagen del paratexto invierte la



¹ Gloria Elena Espinoza. *El sueño del ángel* (1ª reimpression). Managua: Distribuidora Cultural, 2003, p. 8. Siempre citaré por esta edición. De ahora en adelante el número de página irá entre paréntesis después del fragmento citado.

² Parar una comprensión del concepto paratexto, remito al lector al artículo de Saïd Sabia. “Paratexto. Títulos, dedicatorias y epígrafes en algunas novelas mexicanas”. *Espéculo. Revista de estudios literarios* 31 (2005).

semiótica cultural inscrita en nuestro sistema de referencias: la serpiente, símbolo del mal, queda en el espacio superior y el arrojado es un ser divino, cuya mirada hacia el cielo deja abierta la añoranza-nostalgia del paraíso³. Llama la atención el hecho de que el lugar donde el ángel posa su pie adquiere movimiento: lo desértico parece recobrar vida, las arenas simulan ser agua que se mueven en círculos concéntricos. ¿El ser angélico posee algún poder para generar vida?

Por su parte, la *contratapa* nos ubica en el viaje de ascenso del ángel: del mismo lugar desértico donde cayó se elevará a los cielos por medio de una escalera de fuego. Ya no estamos sólo ante un ser antropomórfico, sino también ante un ser transfigurado. Ahora estamos antes dos huecos en el cielo: uno que deja ver una galaxia y otro hacia donde se yergue una escalera. En lugar del planeta y la serpiente escondida tras él, estamos ante una luz en la que se pierde el extremo superior de la escalera por donde se dispone a subir el ángel. De una nube cuelga un ala. También esta imagen evoca elementos intertextuales e interdiscursivos relacionados con: a) la escala de Jacob y b) la transfiguración de Cristo en el Tabor. La posibilidad de generar vida que se veía en aquel ángel antropomórfico de la tapa no aparece en este ángel transfigurado: el lugar de donde parte no sufre alteración alguna. El mundo terrestre parece no haber obtenido ningún beneficio, ninguna bendición de aquel ser celeste que lo ha visitado y ahora vuelve a su lugar de origen.



Vistos los dos espacios, estamos ante dos momentos de la vida del ángel: frente a su exilio o desarraigo de su mundo celeste y ante el proyecto de su retorno a su patria. Estos elementos paratextuales encuentran su confirmación en la lectura de la novela, tanto en los personajes humanos como en el ente divino, como ya hemos adelantado. Este paratexto no sólo sirve para hablar del viaje del ángel, sino también de los viajes de José, equiparado al ángel en varios trayectos de la novela, como veremos.

b) *Titulología*

Veamos los paratextos autoriales. Dado el carácter proyectivo del título de la novela, podemos plantear varias hipótesis sobre cuál es el sueño del ángel: la humanización del ángel,

³ Una de las implicaciones sociales e ideológicas de este destierro se deriva de la visión antisandinista del texto: el sandinismo es una especie de monstruo satánico que se ha apoderado del paraíso nicaragüense, expulsando a los ángeles. Dado la relación ángel-José, el destierro del ángel sirve para hablar del destierro de José.

la recuperación de la sexualidad, su liberación de las leyes celestiales, su matrimonio con una criatura terrestre, su retorno al paraíso, etc. Una vez leído el texto, llegamos a las siguientes conclusiones: a) la historia del ángel es una historia paralela a la de José y Augusta; b) el ángel es un elemento secundario dentro del texto, y c) que su sueño resulta ser muy banal, pero con altas connotaciones socioideológicas: ser el ángel de la guarda de un niño que nacerá en Miami. Leído desde los paratextos editoriales, el sueño del ángel sería volver y reintegrarse a su espacio celeste después de su caída-exilio, tal como sucede también con José, con quien guarda estrecha relación, como ahondaremos más adelante.

Veamos ahora los títulos de capítulos y los epígrafes para ver cómo se presenta el motivo del exilio. Tomemos en cuenta primero algunos nombres de capítulos para después ingresar a los epígrafes.

Los primeros seis capítulos inscriben al texto dentro de una atmósfera maravillosa que tiende hacia lo fantástico. Nos ponen en contacto con los personajes centrales de la narración y dejan adivinar parte de la historia que apenas se está abriendo para el lector. Por ejemplo, el capítulo uno nos introduce al espacio de la duda con su “Aparentemente” y luego al campo de lo maravilloso con la mención del “ángel”. De entrada el título nos desconcierta: “Aparentemente el ángel que nos ocupa está exiliado del cielo y sufre pesadillas” (p. 9). Sugiere que somos poseídos por un ángel exiliado y que el espacio que somos le produce pesadilla. Sobresale la oposición espacial *cielo* (lugar de deleite, tranquilidad y seguridad para el ángel) / *nosotros* (lugar de tormento, pesadilla, extravío y desconcierto para el ángel). Esta oposición espacial también guarda relación con la establecida entre el allá y el acá presente en Miami / Nicaragua. Todo lo relacionado con el allá estará valorado positivamente, mientras que el acá tendrá una valoración negativa, como empezamos a ver desde el capítulo II. El título no sólo sugiere que somos un infierno para el ángel, sino que el acá es un infierno para José.

El segundo capítulo empata temáticamente con el primero, a la vez que relaciona a José con el ángel, ambos exiliados de su lugar de origen: “José y Amparo realizan el primer viaje a su patria desde que se exiliaron en Miami. A José le ocurre algo misterioso en el avión” (p. 11). También nos recuerda el elemento maravilloso por medio de “A José le ocurre algo misterioso”. Al querer empatar la diégesis desplegada por el primer capítulo, uno supone que lo “misterioso” que le sucede a José tiene que ver con el ángel. Es más, puede llegarse a

pensar que el alma en la que está exiliado el ángel es la de José, razón por la cual sufre los trastornos y las visiones que se describen en la novela. De nuevo encontramos la oposición espacial: Allá-Miami, sin trastornos, lugar de tranquilidad y bienestar / Acá-patria, con trastornos, sin tranquilidad ni bienestar. Este “algo misterioso” puede equipararse a las “pesadillas” sufridas por el ángel, cuestión que reforzaría la relación José-Ángel.

El tercer capítulo continúa la diégesis del segundo y nos mantiene dentro de la atmósfera de lo maravilloso: “José continúa oyendo en su viaje una voz que lo desconcierta”. Este desconcierto no es privativo de José, sino también de nosotros como lectores, ya que nos incita a pensar que, como adelantamos, el ángel está exiliado en José, mucho más cuando vemos que experimenta visiones, procesos de desmaterialización, afantasmamiento, adquiere la capacidad de atravesar paredes, es decir, se angeliza. Esto nos permite hacer otra aproximación a la relación José-Ángel: ambos viajan, se desplazan en el aire y tienen sueños y visiones. El cuarto capítulo calza con el primero en cuanto a que “El exilio le provoca inconvenientes al ángel” (p. 21). Llegado a este punto exponemos otras de nuestras interrogantes: ¿Por qué la situación del ángel se plantea como exilio y no como expulsión o caída? ¿Por qué se asume una categoría sociopolítica (exilio) para referirse a un ente de naturaleza celeste? ¿Cuál es la función del relato sobre el ángel en relación con la historia de los personajes, en particular con la de José, con quien se le equipara?

Por el momento ofrezco una respuesta provisional. La novela nunca nos cuenta los efectos del exilio en José a causa de la llegada al poder de los sandinistas, pero sí nos relata lo que experimenta el ángel fuera de su espacio. Dada la relación José-ángel que ya hemos destacado, podemos decir que la historia del ángel sirve para llenar –a nivel diegético– la experiencia de exiliado vivida por José: su experiencia de extravío, desconcierto, temor, vértigo, trastorno, aturdimiento y pesadillas funciona como complemento de la historia no conocida de José.

La equiparación de José con el ángel es central para poder suplir parte de la historia de José, del mismo modo como el silencio de Augusta es suplido por una serie de indicios otorgados por la narradora para que vayamos llenando el mundo que Augusta no nos cuenta. Así como el regreso-caída de José no le produce placer-deleite-alegría, sino “desasosiego y angustia”, del mismo modo al ángel le produce desconcierto, extravío y trastornos: “ahora que realizo el viaje esperado por mucho tiempo y con gran ilusión, lo estropea algo insólito. Estoy

aturdido. Tal parece que he venido a soportar una pesadilla” (p. 54)⁴. A la pregunta de José sobre cómo iba a tener visiones y sueños semejante a los profetas y santos no siendo uno de ellos (p. 17), le corresponde, de forma inversa, la que se hace el ángel sobre su experiencia terrestre: “¿cómo iba a sufrir los inconvenientes de los mortales” (p. 21). Aquel desatino, aquella desorientación y aquel extravío sufrido por el ángel el día de su caída-llegada a la tierra es también experimentado por José cuando deambula por las calles de la ciudad: “Estaba desatinado, triste, descontento con sus mismas reflexiones” (p. 29).

Volviendo al análisis de los títulos de capítulos: el quinto nos ubica en el mundo de Augusta, quien se nos describe cómo va a ser hasta el antepenúltimo capítulo: “Augusta, callada, soporta sus miedos y recuerdos”. De inmediato se nos ofrecen los elementos que la equiparan a José y al ángel: “Vive exiliada, aunque sólo dentro de sí misma, porque nunca ha salido de su país” (p. 23). También encontramos el binomio dentro-mundo interior / fuera-mundo exterior que se presenta en los casos de José y el ángel. Las valoraciones son: mundo interior-negativo-tormentoso-angustioso / mundo exterior-positivo-placentero-tranquilo. Esto remite a dos categorías de dos planos diferentes: una de orden socio-político, el exilio, otra de carácter socio-psicológico, el *inxilio*⁵. Podemos reforzar la idea de Augusta con otros personajes. Así como José se exilia y Honorio se queda dentro del país, del mismo modo sucede con Victoria y Augusta, respectivamente. El lector podrá darse cuenta de que Augusta está retratada en el nombre de este capítulo como una mujer callada y temerosa de su pasado, del mismo modo que lo están José y el ángel. Con este capítulo V quedamos ante un panorama en el que se conjugan lo maravilloso, lo fantástico y lo psicológico como elementos vertebradores del texto. Por lo que sabemos hasta ahora, la novela girará en torno a los trastornos personales y psicológicos de los personajes a propósito de los fenómenos naturales (terremotos y huracanes) e históricos (la dictadura de Somoza y la Revolución Sandinista) que sumieron al país en la pobreza, en la miseria y en la destrucción, en el desencanto y en la caída de todas esperanzas sociales. Este panorama pesimista se completa con la visión milenarista y apocalíptica sobre la que está construido el texto.

⁴ También hay que señalar la relación de José con Augusta por su actitud entristecida, retraída y ensimismada: “Su mutismo le proporcionaba los más nefastos resultados” (p. 53).

⁵ Utilizo este término en el sentido de aquellos que no pudiendo salir de su propio territorio por causas socioeconómicas y socioideológicas tienen que permanecer dentro de él, sin poder expresar sus convicciones y opiniones por temor a ser reprimidos.

Los títulos de otros capítulos mantienen la atmósfera fantástico-maravillosa que hemos destacado en los primeros seis. El capítulo XIII nos hace creer que José tiene la capacidad de escrutar y leer la mente de los demás: “José se da cuenta de lo que piensan todos y está asustado” (p. 57). El efecto “está asustado” acentúa ese poder ya que hace suponer que se espanta de poderlo hacer o de lo que descubre en la mente de los otros. Lo mismo sucede en el capítulo XXIV en que “Augusta se traslada en espíritu al paraje de la montaña donde quedó embarazada” (p. 97): el título supone la desmaterialización sufrida por el personaje y el poder de trasportarse, como si tuviera la facultad de bilocación. En efecto, en este texto, por medio de las visiones, los personajes se trasladan de un lado a otro, de un tiempo a otro, utilizando como *médium* cualquier elemento de la realidad cotidiana o por medio de alguna sensación producida por los datos de la realidad fáctica: el fuego, un libro, una piedra, una mirada en el espejo, el agua, el ruido de una aplanadora, una noticia, una canción, un poema.

Un título que calza con la visión apocalíptica es el del capítulo XXIII: “José tiene un sueño con don Fito, donde salvan al género humano de sí mismos” (p. 95)⁶. No sólo se refuerza la idea de los sueños y las visiones, sino también el carácter mesiánico del soñador, su estatura divina que lo equipara al ser angélico con que se ha venido asociando desde el principio.

c) Los epígrafes

Otro elemento paratextual son los epígrafes. Ellos condensan y programan gran parte de los trayectos de lectura que nos permitirá la novela y cada uno de sus capítulos. Tomaré algunos como ejercicio y dejaré abierta la puerta para que otros continúen esa labor interpretativa. El epígrafe del primer capítulo nos ubica ante el binomio tiempo / eternidad: para los humanos sólo es posible pensar el no tiempo a partir del tiempo. Pero de lo que se trata en el capítulo es de la irrupción de la eternidad en el plano de la temporalidad: un ángel ha caído en nuestro tiempo y esta experiencia lo ha trastornado. Aquel no tiempo exterior al tiempo, ha entrado en la historia como un elemento que servirá para explicar y darle sentido a la temporalidad: la experiencia dolorosa y de desarraigo sufrida por José en su exilio. En este sentido, el epígrafe sugiere la orientación hacia lo religioso que funcionará como elemento vertebrador del texto: el aquí y el ahora ha sido alcanzado por la eternidad caída. Esa categoría habitada de eternidad

⁶ Según se plantea en este título, los enemigos de los que debe librarse la humanidad son don Fito y José. En ningún momento deja pie para entender que la humanidad sea la enemiga de sí: el ser humano enemigo del ser humano, como se lee en el desarrollo del capítulo.

es el alma, tal como se infiere del título: “*el ángel que nos ocupa* está exiliado del cielo” (p. 9. El destacado es mío).

El segundo capítulo nos ofrece un epígrafe que nos vuelve al revés lo que hemos planteado antes: ya no estamos habitado por el alma, sino deshabitado de ella: “a un éter lleno de recuerdos, se ha salido de nosotros el alma, para vernos de lejos” (p. 11). Ya el alma no es ese *otro* que nos ocupa, sino ese otro que nos observa, ese otro que nos convierte en objetos de nosotros mismos. Además de remitir a un dualismo antropológico (cuerpo / alma), el epígrafe activa una serie de binomios opuestos: pasivo / activo, terreno / extraterreno y olvido / memoria. Ese otro que observa desde fuera parece ser lo que trastorna a José, que no es capaz de soportar el retorno de la memoria una vez que se repatria.

En este sentido, esa alma que nos observa desde fuera vendría a ser nuestro otro yo que retorna, como se plantea en el epígrafe del tercer capítulo: “Mi otro yo no hace más que volver a mí; por fin están de vuelta todas las partes del mismo largo tiempo dispersas en el extranjero entre todas las cosas y todas las casualidades” (p. 17). Podríamos decir que estamos ante un problema de escisión: José, hombre de dos orillas, ahora vuelve y se encuentra con el José que dejó cuando partió, pero lo ve con ojos del José que retorna, no con los del José que se fue. La imposibilidad de articular estas dos realidades lo trastorna, lo enmudece como a Augusta⁷. José es un tipo siniestrado, en términos freudiano: aquello conocido y familiar regresa y se vuelve ominoso.

El epígrafe del capítulo V nos introduce al contexto de la confrontación armada por derrocar a Somoza y sirve para configurar los resultados de esa contienda: “la victoria es de otros”. Por lo que sabemos del texto, Augusta ha quedado excluida de la distribución de poder después de haber participado en la lucha. Esta idea se pone más de relieve en el epígrafe del capítulo XXII: los intentos del hombre por cambiar el mundo terminan de dos maneras: en “sórdidas dictaduras” o en “fructíferos negocios que aprovechan un puñado de cínicos que se presentan siempre como personas desinteresadas y decentes empeñadas en el bienestar del país y de sus habitantes” (p. 89). Aquí se condensa toda la visión que el texto propone sobre el

⁷ José no expresa nada sobre su experiencia de exiliado ni sobre el impacto que le causa el retorno a una patria desastrosa. Su silencio ante la realidad que encuentra es sustituido por la poesía y por la música que cumplen la función de expresar sus emociones, sus sentimientos, sus penas, sus alegrías, su nostalgia, su dolor: se traspone en el arte la expresión del mundo interior, las expectativas y los sueños del personaje que vuelve después de veinte años a encontrarse con un mundo que parece anclado en el pasado (pp. 27-32).

Frente Sandinista de Liberación Nacional: el epígrafe sirve para develar y desenmascarar la visión utopista e idealista que manejan Augusta y Ernesto. El epígrafe aparece como si fuera Don Fito su portavoz, dado que él es el encargado de explicarle a Augusta la situación posrevolucionaria: robo, impunidad, ambición de poder, pobreza, miseria, malversación de fondos de las ayudas internacionales. Valiéndose de Aristóteles le aclara la posición en la que ella puede encontrarse, entre la justicia, el error y el infortunio: “Estoy seguro que usted fue siempre justa y tuvo error e infortunio” (p. 92). Augusta, poseída por ese espíritu revolucionario, no aceptará, por supuesto, haberse equivocado al adherirse a una causa tan utópica como la justicia social para todos.

En el mismo plano se encuentra Ernesto, el “artista ingenuo”, a quien se retrata en el epígrafe del capítulo XXVI: “Las utopías políticas no son más que la visión del paraíso perdido y la ilusión de recobrarlo a costa de cualquier sacrificio, pues como dice Ciorán, ‘los humanos aceptan el martirio por una quimera, más que por una verdad’” (p. 101). Contrario a Augusta, Ernesto pasa de la sujeción-alienación ideológica a la actitud crítica, de confiar ciegamente en el discurso del poder (p. 102), a cuestionar todo tipo de poder (p. 103), como Don Fito (p. 91). Su pretensión de liberarse del mecanismo del poder lo lleva a asumir-aceptar la actitud resignada y acomodaticia de su madrastra: “Vivamos lo que Dios nos ponga, aguantemos al que esté de turno arriba y bailemos el son que nos tocan. De todos modos, aunque tengamos el alma con el Frente Sandinista, ni siquiera sabemos si existió o fue una nube producto de nuestros deseos de justicia y que en un chaparrón se terminó”. Y concluye la narradora: “Se abrazaron como en un pacto de continuar viviendo” (pp. 103-104). De manera que el texto pone en escena la lucha revolucionaria, el ascenso al poder del Frente y su caída, la caída de las utopías sociales que han sacrificado al pueblo, como una de las grandes catástrofes que han dejado a su paso desastres, destrucción, miseria y muerte⁸.

d) Visiones milenarista y apocalíptica

El sueño del ángel se inscribe en un contexto milenarista y posee una visión apocalíptica del ser humano, del mundo y de Dios⁹. Una lectura de estos elementos nos permitirá poner de

⁸ En este aspecto, *El sueño del ángel* guarda estrecha relación con *Waslala*, novela de Gioconda Belli.

⁹ Jorge Chen Sham y María Amoretti se han referido a la lógica apocalíptica y escatológica en esta novela. Ver de Chen. “Tradición genérica del sueño: las visiones en *El sueño del ángel* de Gloria Elena Espinoza”.

relieve otro aspecto del motivo de la caída: la condición humana como pecaminosa, alejada de Dios. Veamos primero la inminencia de cambio de siglo y cómo se expresa en los diferentes órdenes de la realidad. Lo primero que salta a la vista es la oposición entre el presente y el pasado: la velocidad, la perentoriedad, la aglomeración, la desorientación y la caída de todos los principios es uno de los rasgos más preponderantes en este fin de milenio que se asocia con la posmodernidad y la globalización, mientras que el pasado está asociado a la tranquilidad, a la lentitud, a la cercanía y compartir entre las personas. En palabras de José:

Antes transcurría todo tranquilo; las abuelas y bisabuelas tejían como musas para Vermeer, parloteaban en las cocinas de leña, se acostaban temprano y masticaban cuarenta veces cada bocado para hacer buena digestión. Ahora comemos de pie, a veces corremos en la calle con un emparedado... la perentoriedad en todo, hasta para ir al baño, los impuestos, los presagios, ¡uf! El problema del Y2K, la desaparición de las especies, la globalización, el calentamiento global, el terrorismo, la miseria, las drogas, los suicidios, la incertidumbre, el miedo... La vida es tan distinta en la cercanía del tercer milenio (p. 12).

Desde el punto de vista de Don Fito, que presume que el caso de José no es más que expresión de los signos de los tiempos: “La locura es un precio que pagamos por la civilización... Ocupaciones más inseguras y arriesgadas, más desilusiones, esperanzas infundadas y más luchas dolorosas para obtener lo que está fuera de nuestro alcance, o para realizar lo que es imposible, hacen ver un futuro oscuro, nebuloso. La sensación de impotencia desordena la mente, el acaso atrae el caos, los presagios del fin del mundo, todo ha provocado suicidios en masa. La humanidad está desorientada por la velocidad, asustada de sí misma, con pánico de lo que ha hecho y no puede componer” (p. 61). Su visión de las cosas procura estar por encima de lo racional, es decir, fusiona en ella la ciencia y la fantasía, razón por la cual habla de que la dificultad de estos tiempos se debe a que “*Presenciamos el gran cataclismo entre dos grandes tecnologías. Tratamos de acceder a la nueva con el condicionamiento psicológico y las respuestas sensoriales de la antigua...* Pues, redundando un poco, el hombre trata de realizar lo nuevo con las vestiduras viejas” (p. 86. El destacado es del texto)¹⁰.

<http://www.escriitorasnicaragua.org/critica?idcritica=52>. Chen y Amoretti. “*El sueño del ángel* como discurso apocalíptico”. <http://www.escriitorasnicaragua.org/critica?idcritica=50>.

¹⁰ Estas últimas palabras de Don Fito recuerdan las planteadas por Jesús: “Nadie arregla un vestido viejo con remiendos de tela nueva, porque el remiendo nuevo se encoge y rompe el vestido viejo, y el desgarrón se hace mayor. Ni tampoco se echa vino nuevo en cueros viejos, porque los cueros se revientan, y tanto el vino como los cueros se pierden” (Mateo 9, 16-17). Más adelante a Don Fito se le asociará con un profeta y con Cristo.

Augusta y Don Fito nos posibilitan integrar la visión milenarista con el carácter apocalíptico del texto: el fin de los tiempos está asociado con el mito de la destrucción y el caos. La inminencia de este fin de los tiempos crea una concepción del ser humano, del mundo y de Dios. Por un lado encontramos a un ser humano con una conciencia de pecado, caído, degradado y supeditado a las leyes divinas que ha violado (concepción bien materializada en Augusta). También encontramos la concepción de un mundo corrupto, descompuesto. Finalmente la idea de un Dios que viene a realizar el juicio final y a dar a cada quien lo que merece. Como puede verse, esta concepción apocalíptica del mundo es netamente religiosa y tiene su parangón con el milenarismo medieval, época en la que también se experimentó el paso de milenio. Sobre el caso de Augusta, el texto señala: “Parecía que no vivía en los umbrales del tercer milenio. Rudolph Stadenmann la ubicaría en el periodo de la melancólica psique de la *baja edad media porque un sentimiento general de catástrofe universal inminente pesaba sobre los hombres y mujeres de esa época, agravado por la obsesión de que se acercaba el fin del mundo*” (p. 43. El destacado es mío). Veamos en detalle algunos de estos aspectos.

Augusta es una mujer caída: en lugar de “construir el reino de Dios en su pueblo... lo que hizo fue fornicar” (p. 42). Esta conciencia de culpa la arrastra desde la infancia¹¹ y se completa cuando desiste de su vocación religiosa que la llevaría a entregarle su virginidad a Dios para entregársela a Wodan en la Catedral: “no metas a Dios en estas cosas, que no existe... la religión es el opio de los pueblos, tu cuerpo es tuyo y es mío... mío... Tu dialéctica está supeditada a ese *complejo de culpa maldito que te condena, te atormenta*. Domina esa inseguridad, no tienes que pedir perdón a ningún ser superior” (pp. 44-45. El destacado es mío). Ese complejo de culpa deriva de haber cometido un acto de sacrilegio o profanación del lugar sagrado y como el ojo de Dios lo ve todo (p. 24) fue el primero en percatarse. Por eso es que su segunda entrega la realiza en la selva, bajo un árbol, con la esperanza de que Dios no la hubiera visto: “Nunca como el de la primera vez, el sacrilego, sobre las cúpulas, bajo el cielo,

¹¹ Su nacimiento está signado por la inminencia de la muerte en la madre: su madre la hace responsable de que por parirla casi se muere. Esta madre autoritaria y sobreprotectora termina ensimismándola, de modo que Augusta va cayendo en un ostracismo que la caracterizará durante toda la historia: “Allí comenzó a silenciar su interior, sus sentimientos, todo” (p. 33). Esa experiencia negativa con sus padres se repite también con el médico que la manosea y con las compañeras de colegio que la humillan (p. 38-39). Frente a este mundo hostil, las únicas que la confortaban eran su tía abuela (p. 34) y su amiga Victoria (p. 38). De modo que Augusta sufre la reclusión no sólo física (encerrada en el cuarto oscuro) sino también espiritual (metida en su propio silencio). Ante esta experiencia de reclusión la hace sumergirse en la imaginación (p. 38).

con el viento llevando suspiros llenos de miedo. El tiempo había pasado desde aquel otro pecado y cubierta por la sombra selvática, deseaba que Dios, esa vez, no la hubiera visto” (p. 98). Augusta pretende buscar culpables de los desastres naturales (p. 97) y lo único que termina es reconociendo que el mal se deriva de su pecado y el de la humanidad: “Me aniquila la duda de conseguir o no perdón, me parece que queda preso, pegado en las paredes del templo. *Creo que en parte soy causante de las desgracias. El pecado de los hombres causa las desgracias*” (p. 43. El destacado es mío). En su visión sobre el terremoto “sólo escuchaba lamentos, gritos, ruidos, estallidos y llanto. Musitaba perdón... perdón... perdón... no sabía por qué, pero pedía perdón. *Un sentimiento de culpa la habitaba como si fuera responsable de la destrucción*” (p. 65. El destacado es mío).

Esta conciencia de culpa, de mujer caída, está marcada por un pasado lleno de vivencias de dos tipos de fenómenos que tienen en común la destrucción, el caos, la pobreza, la miseria y la muerte: por un lado están los fenómenos naturales (terremoto y huracanes) y por otro el fenómeno histórico de la revolución sandinista contra la dictadura de Somoza. En todo este pasado Augusta “veía el infierno” (p. 24). Estos dos tipos de fenómenos siempre van a aparecer uno al lado del otro o contrapunteándose. Por ejemplo, en el capítulo XIV (“Augusta revive el horror del terremoto”) se entrecruzan lo natural (el terremoto) y lo histórico (la dictadura de Somoza): estos elementos se presentan como cataclísmicos, la imagen que plasman en el lienzo es la ruina, el desastre, la pobreza, la destrucción y la muerte. Lo mismo se plantea en el capítulo XXII: el terremoto y el sandinismo lo que han producido es pobreza el primero y miseria el segundo. El clima general que ha creado este tipo de acontecimientos es el de la zozobra, el temor, la inseguridad. A propósito del huracán Mitch: “El miedo cundía entre la gente cuando llovía aquí, allá y acullá... El miedo... Todos tenían miedo del fin del mundo” (p. 97)¹².

Dos elementos más refuerzan este aspecto catastrófico de la visión apocalíptica: el sueño del ángel y la poesía leída por Augusta. El capítulo XVI (“El ángel vuelve a soñar y huye de La Tierra”) se refiere a que el ángel sueña “con una serpiente que crecía”, se paseaba por todos los confines de la tierra y abría las fauces queriendo comerse a la humanidad: la imagen que

¹² En una de las explicaciones que Don Fito hace del malestar de José recurre a las imágenes de los fenómenos naturales para señalar su ruptura, su desequilibrio mental: “Es posible que donde José esté con terror, pánico y lo está transmitiendo... su mente desestabilizada, ¡zas!, se rompe como el equilibrio tectónico y ¡prum! el terremoto; o... el de las presiones barométricas y ¡pram! los huracanes... (p. 61).

sigue es de guerra, destrucción, desolación y muerte, algo parecido a la imagen de la tapa del libro. Esa visión no puede ser comunicada a los hombres porque éstos aparecen envueltos en un denso humo¹³. Este humo también impide a los hombres ver al ángel. El epígrafe de este capítulo también enfatiza la ceguera racional y propone la visión afectiva como única capaz de comunicarse y comprender: “Pero los ojos son ciegos. Hay que buscar con el corazón” (p. 73. Esto recuerda a *El principito*). Lo mismo sucede en el capítulo XVIII: Augusta “tiembla con los versos del poeta” Rubén Darío del “Canto errante”: este poema habla de temblores, de guerra, de terror, de la descomposición del mundo, de las señales celestes, de sus intérpretes como Nostradamus y del Anticristo. Este mismo poema le recuerda también su entrega carnal en la Catedral por medio del verso “En la iglesia el diablo se esconde”, que le rememora “El artífice fue el demonio”, del capítulo IX (pp. 80-81), del mismo modo que en los desastres naturales se verá la presencia del demonio (p. 97).

Para salir de esa conciencia pecaminosa, caída y posibilitar que el mundo vuelva a tener futuro es fundamental reconocer a Dios, confesar el pecado y arrepentirse. Dentro de esta concepción, sólo es posible salvar al mundo si el mundo busca a Dios. Como profeta de los últimos días aparece Don Fito, quien llama a todos los pueblos de las diferentes etnias, religiones y culturas a convertirse a Dios y dejar de destruir el mundo. La respuesta a este llamado es también universal: “En todos los confines de La Tierra entendieron las palabras y obedientes hicieron lo indicado por aquél a quien llamaron profeta, extraterrestre, ángel, demonio, judío errante, anticristo, astrólogo, charlatán; no obstante, por si acaso, cayeron de rodillas... besaron el suelo”. De este modo, el mundo corrupto y pecaminoso, caído y en desgracia vislumbra “un futuro luminoso” (p. 96), no gracias a la negación de Dios ni a la lucha por la justicia social por medio de la revolución, que sólo trajo destrucción y miseria, sino debido a la humanidad arrepentida y convertida a Dios que hace posible el nuevo mundo: los grandes ideales y las grandes utopías, según el texto, han dado paso a una visión religiosa.

Conclusión

¹³ Dejo suelto el problema de *la verdad velada* por algún elemento: una tela, una cortina, una nube, una neblina. Los puntos suspensivos, como destejido del texto, sugieren ese mismo problema: la revelación se hace imposible porque el vidente corta su discurso, lo aplaza o simplemente deja el suspenso. Cito el asunto del hijo de Augusta: la elisión discursiva nos envuelve y no llegamos a saber nada. El texto se desteje o deja de tejerse con un propósito bien claro: hacerse críptico.

El sueño del ángel es la historia de una serie de caídas: la del ángel, la de la “normalidad” de José, la de Augusta en su mutismo y en sus cuevas o laberintos interiores, la del sandinismo, la de Ernesto en la resignación, la de las utopías sociales, la de los sueños, la del pueblo en la miseria como consecuencia de los desastres naturales y de los acontecimientos históricos. Estas caídas abarcan varios niveles: el natural, en antropológico, el axiológico y el divino. La caída de estos órdenes está planteada desde una perspectiva milenarista y apocalíptica, razón por la cual prima una visión religiosa del mundo concebido como corrupto, pecaminoso, débil, caído, que sólo se puede levantar si busca a Dios, se arrepiente, confiesa sus pecados y se vuelve a reintegrar todo en todos, para que se pueda decir: “El monstruo negativo desapareció y los seres del planeta, libres, pintaban su mundo en *Presente inmóvil* en una íntima comunión entre el hombre y el hombre, entre la naturaleza y el hombre, más una cantidad de puntos plateados que brillaron, señalando un futuro luminoso” (p. 96. El destacado es mío). Así pasamos del caos al cosmos, de la catástrofe a la creación, del infierno al paraíso, de la patria terrestre a la patria celeste.

Según el texto, la condición de ángel exiliado-caído funciona como una metáfora para hablar de la condición caída del ser humano como eterno peregrino y extranjero en su propia tierra: el ángel no es más que el ser humano arrancado de su propia patria, de su propio nido y colocado en un espacio de dolor, sufrimiento y muerte. Él nos recuerda nuestra condición angélica, nuestra sed de infinito y nuestro deseo de acceder a un mundo donde no existan las limitaciones terrenas: “El hombre es eterno inmigrante desde Abraham que salió de Ur; ¡qué decir!, desde Adán que salió del Paraíso y ese desarraigo, ese exilio causa dolor”. Así, la búsqueda del cielo que realiza el ángel es análoga a la búsqueda de absoluto que posee el ser humano. Esta sed de perdón, de reconciliación con Dios se expresa en Augusta de un modo desgarrador. Tanto ella como el ángel sirven para poner de relieve ese deseo de Dios y con el mundo abierto para liberarse de esa condición de seres caídos en desgracia. Así como el ángel sirve para expresar la angustia y la tragedia experimentada por José en su exilio, del mismo modo funciona como soporte o médium que expresa la esperanza humana de acceder a esa luz divina en el plano superior: “Avistó la luz divina en la lontananza como un punto que lo incitaba a subir y fue en pos de ella” (p. 87).

En consecuencia, en lugar de exaltarse el arraigo, de volver los ojos sobre la realidad, sobre la patria, sobre el nido, sobre la definición socioideológica en la que se ubican los personajes,

el texto plantea la ruptura de los viejos moldes y esquemas ideológicos: José es más feliz volviendo a Miami que retornando a su propia tierra; Ernesto, que cuando revolucionario había renegado de su padre somocista, ahora se siente huérfano y se atendrá a la música que le pongan los que estén de turno en el poder; Augusta compra ropa en una tienda americana y retorna al círculo social aristocrático del que había renegado por hacerse sandinista y recupera su habla al confesarse con Victoria¹⁴, su amiga de abolengo que retorna del exilio, y el ángel también recupera su alegría cuando le notifican que “sería ángel de la guarda en Miami” (p. 135). Un problema pendiente de analizar en *El sueño del ángel* es la propuesta identitaria.

Referencias bibliográficas

- Amoretti Hurtado María y Jorge Chen Sham. *El sueño del ángel* como discurso apocalíptico. Presentación al alimón. Disponible en <http://www.escriitorasnicaragua.org/critica?idcritica=50> (Consultado el 15 de mayo, 2007).
- Amoretti Hurtado María y Jorge Chen Sham. De plumas y ángeles hacia el sentido del “final” en *El sueño del ángel*. Disponible en <http://www.escriitorasnicaragua.org/critica?idcritica=67> (Consultado el 15 de mayo, 2007).
- Chen Sham, Jorge. Tradición genérica del sueño: las visiones en *El sueño del ángel* de Gloria Elena Espinoza. *El Pez y la Serpiente*, 47 (Managua, Nicaragua). Disponible en <http://www.escriitorasnicaragua.org/critica?idcritica=52> (Consultado el 15 de mayo, 2007).
- Espinoza, Gloria Elena. *El sueño del ángel* (1ª reimpression). Managua: Distribuidora Cultural, 2003.
- Jiménez, Luis. Visión postcolonial, crítica tercermundista y globalización en *El sueño del ángel* de Gloria Elena Espinoza. Disponible en <http://www.escriitorasnicaragua.org/critica?idcritica=49> (Consultado el 15 de mayo, 2007).
- Palacios, Nydia. Locura y exilio en *El sueño del ángel* de Gloria Elena Espinoza de Tercero. Disponible en <http://www.escriitorasnicaragua.org/critica?idcritica=51> (Consultado el 15 de mayo, 2007).
- Sabia, Saïd. Paratexto. Títulos, dedicatorias y epígrafes en algunas novelas mexicanas. *Espéculo. Revista de estudios literarios* 31 (2005). Universidad Complutense de Madrid. Disponible en <http://www.ucm.es/info/especulo/numero31/paratext.html> (Bajado 6 de mayo, 2007).
- Serrano Caldera, Alejandro. Para un marco filosófico de *El sueño del ángel*. Disponible en <http://www.escriitorasnicaragua.org/critica?idcritica=53> (Consultado el 15 de mayo, 2007).

¹⁴ Al igual que José, Victoria es un personaje desarraigado: mientras en José el mundo que encuentra le causa desconcierto, en Victoria la realidad narrada por Augusta no la alcanza emocional, social, histórica ni verbalmente. En su conversación con Augusta se nota que las palabras de ésta sólo la alcanzan cuando se refieren a la experiencia erótica, mas no cuando Augusta habla de su experiencia histórica con el sandinismo.